

## CAPÍTULO V

### El poema didáctico de Lucrecio acerca de la naturaleza

Roma y el materialismo.—Lucrecio; su carácter y sus tendencias.—Sumario del libro primero: la religión es el origen de todo mal.—Nada nace de la nada y nada puede ser aniquilado.—El vacío y los átomos.—Elogio de Empédocles.—El mundo es infinito.—Idea de la pesantez.—La finalidad considerada como caso especial y permanente en todas las combinaciones posibles.—Sumario del libro segundo: los átomos y sus movimientos.—Origen de la sensación.—Los mundos que nacen y desaparecen son en número infinitos.—Sumario del libro tercero: el alma.—Ignorancia del temor á la muerte.—Sumario del libro cuarto: la antropología especial.—Sumario del libro quinto: cosmogonía.—El método de las posibilidades en la explicación de la naturaleza.—Desenvolvimiento del género humano.—Origen del lenguaje, de las artes y de los Estados.—La religión.—Sumario del libro sexto: fenómenos meteóricos.—Enfermedades.—Las regiones del averno.—Explicación de la atracción magnética.

De todos los pueblos de la antigüedad, el pueblo romano fué quizá el que desde su origen se mostró más opuesto que otro alguno á las ideas materialistas; su religión estaba profundamente arraigada en la superstición y toda su vida política estuvo dominada por fórmulas supersticiosas; se mantenían las costumbres tradicionales con obstinación extremada; el arte y la ciencia tenían pocos encantos para los romanos y el estudio de la naturaleza les atraía mucho menos todavía; la tendencia práctica de su vida se acusa en todos sus actos y, esta tendencia misma, lejos de ser materialista, era espiritualista por lo general; preferían la dominación á la opulencia, la gloria al bienestar y los triunfos á todo; sus virtudes no eran las de la paz, ni las de la industria emprendedora, ni las de la justicia sino más bien el valor, la perseverancia y la

sobriedad; los vicios de los romanos no fueron, en los orígenes, ni el lujo, ni el deseo de los placeres sino la dureza, la crueldad y la perfidia; al talento organizador, unido al carácter guerrero, se debió la grandeza de Roma, grandeza de que tuvo conciencia y de la cual estaba orgullosa; desde su primer contacto con los griegos manifestó su antipatía contra el pueblo helénico, antipatía que resultaba de la semejanza del carácter de las dos naciones y que había de durar muchos siglos.

El arte y la literatura de la Grecia empezaron á penetrar poco á poco en Roma después de la derrota de Aníbal, pero también al mismo tiempo se introdujeron el lujo, la molición, el fanatismo y la inmoralidad de las naciones asiáticas y africanas. Las naciones vencidas acudieron á su nueva capital é introdujeron allí en seguida las más diversas costumbres de los pueblos de la antigüedad, y los grandes fueron adquiriendo cada vez más el gusto á la cultura intelectual y á los refinados placeres de la existencia; generales y procónsules se apoderaron de las obras maestras del arte griego; se abrieron en Roma escuelas de filósofos y oradores helénicos que se mandaron cerrar muchas veces para volverse á abrir de nuevo, pues temían el elemento disolvente de la cultura griega cuyo éxito fué tanto más brillante y ruidoso cuanto más tiempo se resistió á sus encantos; el mismo Catón el viejo aprendió griego, y, así que se hubo estudiado la lengua y la literatura de Grecia, la influencia de su filosofía fué inevitable. En los últimos tiempos de la república el pleito estaba completamente ganado; todos los romanos bien educados entendían la lengua de Homero, los jóvenes patricios iban á Grecia á completar sus estudios y los espíritus más distinguidos se esforzaron en vaciar la literatura patria en el molde de la literatura helénica.

Dos escuelas de la filosofía griega cautivaron sobre todo la atención de los romanos, la de los estoicos y la de los epicúreos; la primera, con su rudo orgullo de virtud,



estaba en esencial relación con el carácter romano, la segunda más conforme con el espíritu de aquella época y de los tiempos que siguieron, y ambas (y esto pinta el genio de la raza) con tendencias prácticas y en formas dogmáticas. Estas dos escuelas, que no obstante de sus marcadas divergencias tenían tantos puntos comunes, se trataron con más benevolencia mutua en Roma que en su patria, aunque sea cierto que las exageradas calumnias propagadas sistemáticamente desde Crisipo por los estoicos contra los epicúreos se divulgasen también en Roma; bien pronto en esta ciudad «epicúreo» significó tanto como esclavo de sus pasiones y se juzgó con doble frivolidad la filosofía de la naturaleza adoptada por dicha escuela, filosofía que no toleraba adorno alguno de palabras ininteligibles; el mismo Cicerón cometió la injusticia de popularizar el epicurismo en la mala acepción de la palabra y de darle un barniz ridículo que un estudio atento desvanece en seguida. A pesar de todo lo dicho, la mayor parte de los romanos hicieron de la filosofía un diletantismo y, por esta razón, no se unieron á una escuela con bastante exclusivismo para poder apreciar los sistemas opuestos; la seguridad de su posición social y la universalidad de sus relaciones políticas libraron á los grandes de Roma de toda preocupación; así que hasta en Séneca, se encuentran proposiciones que dieron motivo á Gassendi para afiliarse á este filósofo entre los epicúreos; Bruto el estoico y Casio el epicúreo, bañaron igualmente sus manos en la sangre de César.

Pero si esta misma concepción fácil y popular de la doctrina epicúrea, que Cicerón nos presenta con tan desfavorables colores, permite conciliarla hasta con las escuelas más diversas, pierde, alterándose, su carácter en la mayor parte de los epicúreos romanos y ofrece de esta suerte un punto de apoyo á los ataques del vulgo. En los tiempos en que los romanos sólo tenían una tintura superficial de la civilización helénica, ya habían

cambiado la rudeza de sus costumbres primitivas contra el lujo y el libertinaje, y en este concepto sus pasiones, como á menudo se observa en los individuos, se hicieron tanto más desenfrenadas cuanto más largo tiempo se habían contenido; en la época de Mario y Sila este cambio en las costumbres estaba realizado por completo; los romanos eran ya materialistas prácticos, y con frecuencia en el peor sentido de la palabra, aun antes de conocer el materialismo teórico; la teoría de Epicuro era por lo general mucho más pura y noble que la práctica de esos romanos que tenían que escoger entre estos dos caminos: ó bien corregirse y someterse á una sabia disciplina ó ya desnaturalizar la teoría mezclando en ella á diestro y siniestro opiniones favorables ó desfavorables para venir á parar en el epicurismo que se deseaba; este epicurismo fué el predilecto, como concepción más cómoda, hasta para las naturalezas más dignas y los hombres más versados en las cuestiones filosóficas; así, Horacio se llama á sí mismo, con maliciosa ironía, *puerco de la pira de Epicuro*, dejando á un lado la moral austera del epicurismo primitivo; el mismo poeta toma á menudo como modelo á Aristipo de Cirene. Virgilio se significó menos categóricamente, pues aunque también tuvo á Epicuro por maestro, se apropió muchas opiniones pertenecientes á otros sistemas. En medio de todos estos semifilósofos sobresale un perfecto epicúreo, Lucrecio, cuyo poema didáctico *De rerum natura*, más que ninguna otra obra, ha contribuído desde el Renacimiento á poner en relieve y á esclarecer con luz viva las doctrinas de Epicuro; los materialistas del siglo XVIII estudiaron y admiraron á Lucrecio, pero sólo en nuestros días el materialismo parece haberse libertado de las tradiciones antiguas.

Tito Lucrecio Caro nació el año 99 y murió en el 55 antes de Jesucristo; no se sabe casi nada acerca de su vida; buscando un refugio moral en medio de las guerras civiles lo encontró en la filosofía de Epicuro; emprendió



su gran poema para atraer á esta doctrina á su amigo Memmio. El entusiasmo con que opone los beneficios de su filosofía á las turbulencias y al vacío de su tiempo da á su obra tal elevación, tal esfuerzo de imaginación y de fe, que hace olvidar ciertamente la dulce serenidad de la vida epicúrea y comunica á veces á la doctrina cierto matiz estoico. Bernhardy se equivoca cuando dice en su *Historia de la literatura romana* que, «de Epicuro y sus partidarios, Lucrecio recibió sólo el esqueleto de una filosofía de la naturaleza»; el sabio filólogo desconoce á Epicuro y le juzga más injustamente todavía en las siguientes frases: «Lucrecio edificó sobre esas bases de una concepción mecánica de la naturaleza, pero, esforzándose en defender los derechos de la libertad é independencia personales contra toda tradición religiosa, trató de introducir el saber en la práctica y quiso manumitir por completo al hombre haciéndole penetrar por la ciencia en el fondo y en la esencia de las cosas». Ya hemos visto que esta tendencia hacia la liberación es precisamente el nervio del sistema epicúreo, que el incompleto análisis de Cicerón nos impide juzgar desde este punto de vista; afortunadamente Diógenes Laercio, en sus excelentes biografías, nos ha transmitido las mismas palabras de Epicuro que constituyen el fondo de nuestra exposición precedente (41). Epicuro sedujo á Lucrecio y le inspiró tan vivo entusiasmo, principalmente por la audacia y la fuerza moral con que el filósofo griego destruye el temor á los dioses para fundar la moral sobre inquebrantables cimientos; así lo declara formalmente Lucrecio inmediatamente después del brillante comienzo de su poema dirigido á Memmio:

«Cuando el género humano arrastraba sobre la tierra su miserable existencia agobiado bajo el peso de la Religión, que desde lo alto de los cielos mostraba su cabeza y lanzaba sobre los mortales espantosas miradas, un griego fué el primero que se atrevió á levantar contra ella sus ojos mortales y mirarla cara á cara. Ni el renombre de los

dioses, ni el rayo, ni el amenazador estrago del trueno celeste detuvieron su audacia; el indomable valor redobló sus energías y le impelió á demoler las estrechas barreras que vedaban al hombre el acceso á la naturaleza».

No negamos que Lucrecio ha bebido también en otras fuentes, estudiado con atención los escritos de Empédocles y que acaso se aprovechó asimismo de sus observaciones personales en las partes de su poema que tratan de historia natural; pero no olvidemos que en la actualidad se ignora cuántos tesoros encerraban las obras por desgracia perdidas de Epicuro. Casi todos los críticos colocan, por el verbo y la originalidad, el poema de Lucrecio en primera línea entre las obras literarias que precedieron al siglo de Augusto; no obstante, la parte didáctica es á menudo descosida y seca ó enlazada por transiciones bruscas á las descripciones poéticas; el estilo de Lucrecio es sencillo, duro y eminentemente arcaico; los poetas de la época de Augusto, que se creían muy por encima de sus rudos antecesores, no hacían excepción alguna en favor de Lucrecio; á él hace alusión Virgilio en el siguiente párrafo: «Feliz quien ha podido conocer las causas de las cosas y que ha hollado con sus pies todos los terrores, el inexorable destino y el grito del insaciable Aqueronte».

Está fuera de duda que Lucrecio ha contribuido poderosamente á propagar entre los romanos la filosofía epicúrea, que alcanzó todo su apogeo en el reinado de Augusto, pues aunque entonces no tuvo un representante de la importancia de Lucrecio, todos los poetas amigos de los placeres que se agruparon alrededor de Mecenas y del emperador fueron conducidos y guiados por esta doctrina; pero cuando bajo Tiberio y Nerón se produjeron tantas atrocidades de todo género, y los goces de la vida les emponzoñaron el peligro ó la vergüenza, los epicúreos estuvieron apartados durante este período de la filosofía pagana y fueron los estoicos principalmente quienes aceptaron el combate contra los vicios y la infamia, perecien-



do víctimas de los tiranos con valerosa serenidad, como Séneca y el poeta Thraseas; pero no es menos cierto que la filosofía epicúrea en toda su pureza, y más que nada con el desarrollo que la había dado el enérgico Lucrecio, hubiera podido inspirar también á las almas arranques no menos generosos; mas precisamente las cualidades manifestadas por Lucrecio, la pureza, la fuerza y la energía, se hicieron muy raras en esta escuela y acaso desde este gran poeta hasta nuestros días no hayan vuelto á renovarse; importa, pues, conceder una atención especialísima á la obra de este hombre eminente.

El principio es una invocación, rica en imágenes mitológicas y en pensamientos claros y profundos, dirigida á Venus, dispensadora de la vida, de la prosperidad y de la paz; desde los primeros versos reconocemos la actitud especial del epicúreo en frente de la religión, utilizando las ideas y las formas poéticas con un fervor y una sinceridad evidentes, lo que no impide que poco después, en el pasaje citado más arriba, considere como el principal mérito de su sistema la supresión del denigrante temor á los dioses. La antigua palabra romana *religio*, que á pesar de la incertidumbre de su etimología indica la dependencia é inferioridad del hombre respecto á la divinidad, encerraba una idea que Lucrecio tuvo naturalmente que rechazar con energía; así es que el poeta invoca á los dioses y ataca á la religión sin que se pueda, desde este punto de vista, descubrir en su sistema la sombra de una duda ó de una contradicción. Después de haber mostrado cómo gracias á las investigaciones libres y audaces de un griego (Epicuro y no Demócrito, á quien, sin embargo, Lucrecio celebra también, pero del cual estaba más distante), la religión, que antes oprimía cruelmente al hombre, ha sido derribada y hollada bajo los pies de aquél, se pregunta si la filosofía podía conducir al hombre á la inmoralidad y al crimen; y prueba, por el contrario, que fué la religión la causa de las más grandes atrocidades, y

que el temor insensato á las penas eternas impulsó á los hombres á sacrificar la dicha y la tranquilidad de sus almas por el terror que les inspiraban los castigos divinos.

El poeta desarrolla en seguida este primer axioma: «nada viene de la nada», axioma que se tomaría hoy por un dato de la experiencia, y que, conforme al estado en que entonces se encontraban las ciencias, estaba más bien destinado á convertirse, como principio heurístico, en la base de toda experiencia científica. Quien se figura que algo nace de la nada puede ver confirmada su preocupación á cada paso y sólo se convencerá de lo contrario aquél que posea un espíritu adecuado para las investigaciones, porque éste descubrirá las verdaderas causas de los fenómenos. He aquí cómo se demuestra este axioma: Si las cosas pudieran nacer de la nada, esta causa productora sería ilimitada según su misma naturaleza y todo podría resultar de todo; entonces los hombres saldrían del seno del mar y los peces de las entrañas de la tierra y ningún animal ni planta alguna se conservarían con las cualidades de su especie. Este argumento está fundado en un pensamiento muy justo. Si la nada diera nacimiento á los seres, no habría razón alguna para que una cosa cualquiera no pudiera nacer y entonces sería el mundo un juego continuo, extraño é incoherente, de nacimiento y muerte, de grotestas producciones; por el contrario, de la regularidad con que la naturaleza produce en la primavera las rosas, en el estío los cereales y en el otoño las uvas, se deduce que el desenvolvimiento de la creación resulta de la combinación periódica de las semillas de las cosas: se debe, pues, admitir que hay ciertos elementos comunes á muchas cosas, como las letras son comunes á las palabras.

Lucrecio muestra del mismo modo que nada perece, sino que las moléculas de los cuerpos que mueren no hacen más que desagregarse como antes se agregaron al



nacer alguna cosa. A la objeción natural de que no pueden verse las moléculas que se agregan y se disgregan, Lucrecio responde con la descripción de una tempestad y, para más claridad, coloca al lado la imagen de un torrente impetuoso y muestra que las moléculas invisibles del viento manifiestan su acción exactamente como las moléculas visibles del agua; el calor, el frío y el sonido sirven también para probar la existencia de una materia invisible; se encuentra una observación más delicada todavía en los ejemplos siguientes: los vestidos suspendidos á la orilla del mar se humedecen y colocándoles luego al sol se secan sin que se vean venir ni desaparecer las moléculas acuosas, su pequeñez las hace invisibles; una sortija que se lleva en el dedo durante algunos años, se adelgaza; una gota de agua horada la roca sobre la cual cae constantemente; la reja del arado se desgasta con la labor y las losas bajo los pies de los transeuntes; en cuanto á las moléculas que desaparecen á cada instante, la naturaleza no nos ha permitido verlas; es igualmente imposible, aun á los ojos más perspicaces, descubrir las moléculas que se unen y desaparecen en todo nacimiento y en toda destrucción; la naturaleza actúa, pues, con la ayuda de corpúsculos invisibles, los átomos.

Lucrecio establece en seguida que la materia no llena todo el universo sino que existe un espacio vacío, en el cual se mueven los átomos; aquí presenta como argumento concluyente el razonamiento *a priori* que sigue: Si el espacio estuviese lleno de una manera absoluta, el movimiento continuo, cuya existencia comprobamos en las cosas, sería imposible; después siguen las pruebas tomadas de la observación: las gotas de agua horadan las rocas más duras, los alimentos de los seres vivos penetran en todo el cuerpo, el frío y el sonido atraviesan las murallas y, por último, las diferencias de peso específico no pueden ser referidas más que á la extensión más ó menos grande del vacío. A la objeción de que el agua se abre

ante los peces porque vuelve á encontrar el vacío detras de ellos, Lucrecio responde afirmando que justamente el primer impulso inicial de este movimiento es del todo incomprendible en la doctrina de la materia llenando en absoluto el universo; ¿cómo, en efecto, se abriría el agua ante el pez si el espacio en que ha de penetrar no existiese todavía? De la misma suerte cuando los cuerpos se disgregan ha de producirse sobre el movimiento un espacio vacío; la condensación y la rarefacción del aire no pueden explicar estos fenómenos que no se verifican sino en tanto que la existencia del vacío entre las moléculas permite á estas últimas apretarse unas contra otras.

Fuera de los cuerpos y del espacio vacío no existe nada; todo cuanto es se compone de estos dos elementos ó constituye un fenómeno que se relaciona con ellos; el tiempo no es nada en sí mismo, no representa más que la sensación de lo que ha ocurrido en un momento determinado; lo que fué ó lo que será tiene, pues, tanta realidad como el espacio vacío; en resumen, no se deben considerar los acontecimientos históricos más que como cambios realizados en los cuerpos ó cumpliéndose en el espacio. Todos los cuerpos son simples ó compuestos; los cuerpos simples, los átomos, que de ordinario llama Lucrecio comienzos, principios y orígenes de las cosas, no pueden ser destruidos por ninguna fuerza; la divisibilidad hasta el infinito es imposible, porque cada objeto, disolviéndose más fácilmente y más pronto que se forma, su destrucción durante la eternidad iría tan lejos que no podría efectuarse jamás el restablecimiento de las cosas; por otra parte, la divisibilidad hasta lo infinito destruiría la regularidad en las producciones de los seres; en efecto, si los cuerpos no se constituyesen por moléculas inmutables y casi imperceptibles, todo podría nacer sin regla fija y sin encadenamiento. La negación de la divisibilidad infinita es la piedra angular de la teoría de los átomos y el vacío. El poeta hace después una pausa y ata-